



El trágico noveno

Con qué ansiedad hemos soportado la marcha para no volver del fatídico mes de Septiembre, con su última semana trágica, que ha llenado de dolor y de luto, gran número de hogares españoles y sembrado la zozobra con inquietante pesadilla en el espíritu público de nuestra dolorida nación, ante las consecutivas catástrofes de tan aterradora magnitud.

Este noveno mes de gloriosas tradiciones en los anales de la Historia, ha cambiado su legendaria tradición y en un gesto de ferocidad, sencillamente honroso, ha puesto luto en todos los corazones, dejándonos un inolvidable recuerdo, imperecedero en la memoria de los hijos de España.

Pero no es justo achacar a la fatalidad nuestras desdichas, y atemorizados y supersticiosos esperar la repetición de nuevas desgracias, con el espíritu predispuesto a creer, que nuestro adverso sino, es el que hace irremediable nuestros males. No; si bien es humano lamentar lo que ya remedio no tiene, es preciso exigir responsabilidades, y obligar al cumplimiento del deber de cada uno para evitar que en lo sucesivo, puedan repetirse esas evitables tragedias, que solo pueden producirse por dejación de lo que está mandado, o negligencia de los ejecutantes.

Achacar a la fatalidad, cuanto puede ser previsto y evitado por la mano del hombre, no debe ser, pues el cuidado y respeto que merece la vida humana y por el natural espíritu de conservación, es deber exigir estrechas responsabilidades a todos, para que la confianza de que damos muestras, cuando sabemos que una cosa está mal, pero que todavía no ocasionó daños y por lo mismo nos familiarizamos con el peligro, que no vemos pero que a poco que se examine, queda demostrada su existencia.

Condenemos la fecha, las horas fatales en que tiene lugar los funestos acaecimientos, pero sin olvidar a los que voluntaria o involuntariamente, dieran ocasión, con su proceder a que en aquellos momentos se consumasen los hechos luctuosos.

Bien que se haya marchado el trágico mes de Septiembre de 1928, dejándonos amargos recuerdos, pero también nos ha legado una inolvidable, durísima lección que debe servirnos a todos los españoles, a fin de que sea

imposible la repetición de esas evitables catástrofes.

Ahora los sentimientos humanitarios, de todos tienden a enjugar las lágrimas de los supervivientes y desgraciadas familias de las víctimas; la Caridad en su grado máximo ejerce sus sagradas funciones, más la Justicia, también sagrada, debe ejercerlas aunque después se muestre piadosamente.

RECTIFICACIONES QUE HONRAN

Estudiado por dos amigos el incidente surgido con motivo del cierre del Salón Ideal, y que ha comprometido por unas horas la antigua y sólida amistad de D. Vicente Muñoz López y de D. Faustino Arcas Quirós, estos amigos se complacen muy mucho en hacer público que se ha levantado un Acta donde después de mutuas y amplias explicaciones, D. Vicente Muñoz López, mejor informado, retira los conceptos molestos que contenía el manifiesto dado por la Empresa del Salón Ideal causa ocasional del incidente; y que D. José Arcas Gómez, haciendo honor a su caballerosidad, retira y rectifica cuantas palabras ofensivas dirigió al respetable D. Vicente Muñoz López.

OYENDO LA LLUVIA

¡Perfumando la mano que lo hiere,
como un rosal que se deshoja lento
en una tarde del Otoño al viento
así mi triste corazón se muere!

Es mi alma sin fe sin ideales,
física que tras una vidriera,
tosiendo sangre, deshojarse espera
con las últimas flores otoñales.

El «Angelus» sollozan las campanas.

¡Las rosas se deshojan lentamente...
¡Cierra, enferma del pecho, tus ventanas!
¡Ésa lluvia que cae temblorosa,
tan callada que apenas si se siente,
quizá mañana mojará tu fosal

FRANCISCO VILLAESPESA

A MANERA DE CUENTO

Tiempo perdido

Cuantas veces habremos hecho el propósito de aprender un idioma, y adquiriendo un manual, los primeros días lo leemos, no por el principio, sino desordenadamente y decimos; ¡Si yo supiera todo esto!... Van pasando días y en ellos alguna que otra palabra suelta se nos queda en la memoria y cuando ya se saben un centenar, queremos hacer composiciones que dan por resultado una fatalidad, como no puede por menos.

Vamos muy despacio aprendiendo alguna que otra palabra y el libro lo llevamos al taller, a la oficina, al paseo y ¡pícara casualidad que unas veces porque se está harto de trabajo corporal o mental, otras porque se cree ridículo que en el paseo se ocupe uno de leer y otras porque no se quiere estudiar, los inconvenientes se van enlazando de tal modo que el libro queda olvidado en el fondo del bolsillo de una chaqueta de trabajo, en un rincón del cajón de una mesa o envuelto entre las herramientas del oficio. Y pasan días en los cuales no se hace ejercicio con las palabras que se conocen y éstas se olvidan o se traducen y pronuncian de un modo raro. No se sabe si se empezó a aprender el idioma ni donde fué a parar el libro.

Los días no se detienen y forman semanas meses y años y al cabo de uno o algo más, cuando se ha visto la necesidad o la conveniencia de continuar aprendiendo el idioma, salta a la memoria el libro que estudiábamos y pasados unos cuantos días en su busca lo encontramos sintiendo una gran alegría en hallarlo y ¡cómo no! aquél día nos estudiamos algunas palabras: nos saltamos de unas a otras o cerramos el libro para descansar del trabajo que nos llevó su busca. Por ser mediado de semana dejamos la formalidad de seguir aprendiendo hasta el lunes; pero ¡oh casualidad! que el lunes es 27 de un mes y aplazamos el verdadero comienzo del estudio, sin más prórogas, al primero del siguiente. Y de este modo siguen los días transcurriendo y ¡cuántos me confesarían que hace cinco años y aún más que están estudiando un idioma y que de él no conocen sino unas cuantas docenas de palabras que pronuncian mal!

Pues aunque no lo parezca, es éste también un caso de ahorro: Supongamos que sólo durante dos años se han aprendido doscientas

